

ESTADO MENTAL. Nueva York. Septiembre 2015.

No sé que tiene esta sonora ciudad que me fascina, la cuestión es que estoy aquí de nuevo. Solo en Nueva York. Resulta por lo menos gracioso ir a una isla con más de un millón y medio de habitantes rondando por sus calles y tener una sensación real de soledad. Pero así es y es justamente lo que estaba buscando.

Después de instalarme en una habitación de Brooklyn y tomarme una hamburguesa en el bar de "I Origin", me dispongo a dar un paseo por uno de mis barrios preferidos, Dumbo, para ver de nuevo la silueta de la gran ciudad.

Me voy sin la cámara, aunque la he traído para hacer algún tipo de fotografía en mi viaje por los Unidos. Estoy cansado de ir cargado durante un largo viaje y quiero disfrutar del atardecer sin que nada se interponga a la escena que me espera.

Para mi, la mirada a través de una cámara, no te extrae de la escena donde estas, aún más, para ser bueno en esto de hacer fotos, debes saber integrarte en la escena sin que la cámara sea una barrera, pero también creo que la cámara interfiere en el acto de mirar y todo lo que ello conlleva, que es mucho.

Desde Dumbo, el sol cae a la izquierda de la ciudad. La sensación para un chico de pueblo como yo en una ciudad como esta, es difícil de describir. Siento un estado mental flotante al ver la silueta de los edificios, meca del capitalismo y la superación humana. Todo mezclado con los colores del cielo y la permisividad del sol para dejarse ver directamente.

Me siento parte de algo, no sé de qué exactamente. Si de esos tonos naranjas, rojos y violetas que dan paso al azul del cielo dejando ver su infinito límite de estrellas, o de esos pequeños puntos que empiezan a iluminar los bloques verticales de cemento, ventanas de los edificios que explican que en ellos también hay vida.

No me paro a pensar mucho en ello. Solo sé que estoy bien observando como despiertan las estrellas del cielo y la ciudad al mismo tiempo.

De repente algo me perturba. Son los cientos de fotógrafos captando la escena. Algunos con sus teléfonos al aire como invocando a algún Dios, gurú de las telecomunicaciones, otros con sus cámaras domésticas haciendo millones de fotos que solo serán premiadas por la sociedad si tienen más de cien likes en Instagram. Y por último los fotógrafos profesionales, con sus equipos de 9000\$, haciéndose respetar porque la tienen más grande que nadie. En definitiva, todos haciendo fotos. Seguro que muchas de ellas dignas de la preciosa puesta.

El estado flotante en el que estaba, cae a plomo de repente y vuelvo de nuevo a la tierra. Me hace pensar que yo también podría ser parte de ellos. Seguro que disfrutaría como un cochino en el barro, haciendo fotos de tan bella visual. Pero algo me aparta de ello. Quizás la repetición masiva, quizás la monotonía de las tradiciones fotográficas de captarlo todo en todo momento, o quizás las dos birras que me he tomado en el bar de "I Origin".

Pienso en mi cámara y en las fotos que me gustaría hacer en este viaje. Las

consecuencias del momento, me alejan de todo lo visto y mi cabecita empieza a darle vueltas de una forma rebelde y tejana.

Esa misma noche ya en mi pequeño piso de airbnb en Atlantic Avenue, me dispongo a preparar la cena. He comprado diferentes verduras para hacerme algo ligero, siempre me sienta mejor para cenar. Unas clásicas patatas hervidas con zanahoria y guisantes. Me fijo en la bolsa que me han dado en el super y siempre pienso lo mismo. Cuanto plástico para todo! Y yo el primer culpable.

Pienso en la bolsa, material de reciclaje, medio transportador, elemento que aísla y creador de un micromundo escolta del exterior. Sus transparencias solo dejan ver una adivinanza fácil de su contenido, difuminada silueta parecida a la imagen que tenemos concebida en nuestra mente.

Aunque la experiencia de esta tarde con la multitud de fotógrafos, es de lo mas usual hoy en día, pienso que me resultaba un poco decepcionante como fotógrafo. Es como si eres panadero y todo el mundo anda haciendo panes por la calle. Crees que tu trabajo deja de ser útil para los demás. También te das cuenta, que esto no es del todo cierto. Pero ya hablaremos de ello en “Sobre la democratización del medio fotográfico”, otro ensayo sobre el que reflexionar que se me acaba de ocurrir ahora y aquí dejo constancia.

La decepción de un fotógrafo sobre la democratización del medio, también le abre otros caminos de exploración mucho más divertidos que el simple gesto de mostrar, dejando marchar lo que entendemos como fotógrafo, para que se eleve y pase a formar parte de otro estado, el arte. Pero esta, es la misma historia de siempre, nada nuevo. Simplemente llevamos una vuelta de ventaja en la narración circular de la historia.

Las fotos que haga en Nueva York, deben llevar este sello. No quiero mostrar, quiero pensar, sentir, recordar algo interior, diferente, reflejar una silueta mental y aislarme de la tristeza de la democratización fotográfica. Lo haré con los medios que me son más cercanos es este momento, una bolsa de plástico transparente puesta en mi cabeza como símbolo y máscara del fotógrafo rebelde, superhéroe contra la democratización del medio.

Estas son el tipo de cosas que pienso cuando estoy cortando verduras para la cena con un cuchillo muy grande.

Empiezo a tener hambre, guardo la bolsa en el bolsillo derecho del pantalón. Sigo con lo mío. Suena Miles Davis de fondo. Me sirvo una copa de vino. Hago las verduras al vapor. Así están más buenas. Esta muy rico. Me sirvo otra copa de vino. Me siento en el salón antes de ir a la cama. Tengo la cámara a mi lado. Saco la bolsa de plástico guardada. La pongo delante del objetivo. Ajusto la exposición de la cámara. Disparo. Amén.

En ese preciso momento decidí hacer todas las fotos de mi viaje con esa bolsa de plástico delante del objetivo. Acto de rebeldía contra la democratización del medio.

Así que Nueva York tiene a otro colgado rondando por ahí, un chico de pueblo

español tomando fotos con una cámara de 4000 Euros y con una bolsa de plástico delante del objetivo. Que bien.

Este pequeño acto de rebeldía, me hace formar parte de ese hormigueo de gente arriba y abajo, mientras paseo con la cámara colgada al hombro. En cambio, me hace sentir narrador de algo cuando miro a través de ella. La imagen parece desenfocada y necesita un narrador para enfocarla. Un narrador interno o externo. Cualquiera de los dos con sus propios ideales y experiencia vividas. Es necesario una parte pensante.

Como profiláctico visual de la escena, recorro las calles y avenidas, capturando movimientos y respondiendo a los curiosos que se acercan a preguntar qué coño estoy haciendo.

My english is not very good, sorry, así que a duras penas les hago saber a los que preguntan que es un trabajo fotográfico personal, mientras les enseño las últimas fotos que he tomado. Oh!! Great! Escucho sorprendido sus respuestas. Siempre es halagador que den un buen feedback ante una primera impresión. Eso me anima a seguir haciendo fotos.

Les podría contar sobre la temática de la imagen resultante, como metáfora de la vida, visión de una verdura a través de una bolsa, antes de ver el interior, este no transparente, de las personas que se la han comido. Pero no, eso lo dejo a los pensadores. Suficiente me pareció ir a Nueva York y hacer todas las fotos según me dictó el corazón.

Los recuerdos al ver las imágenes, no solo me llevan de nuevo a la escena, sino también a la sensación de estar allí haciendo la foto. Siento saber como recuperar el acto de mirar cuando me pongo detrás de la cámara, con todo lo que ello conlleva, que es mucho.

En el fondo, solo es un estado mental y la necesidad de contar algo.





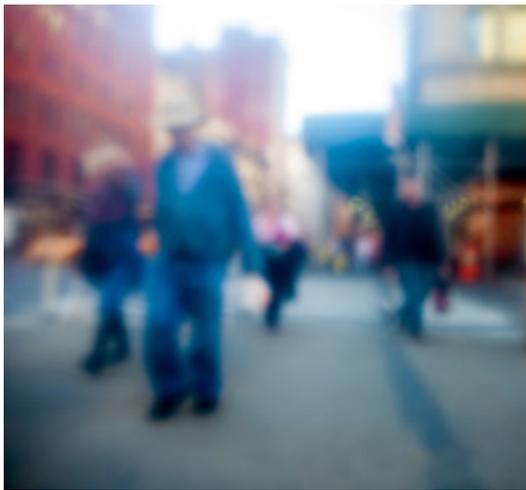






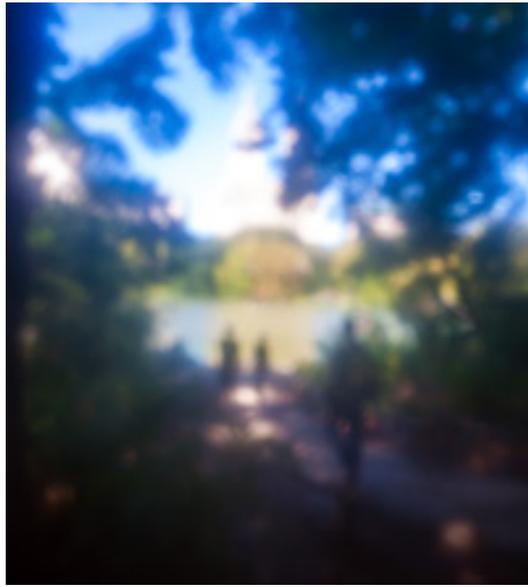


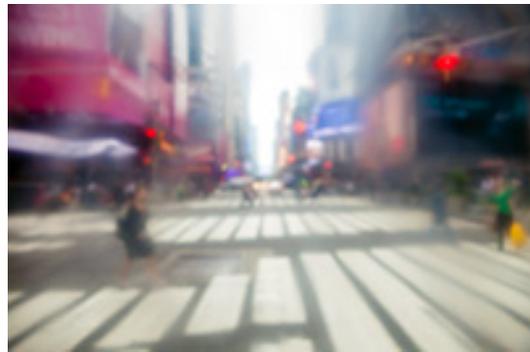




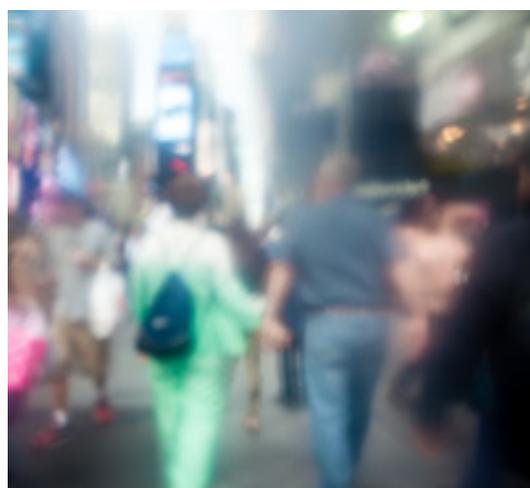


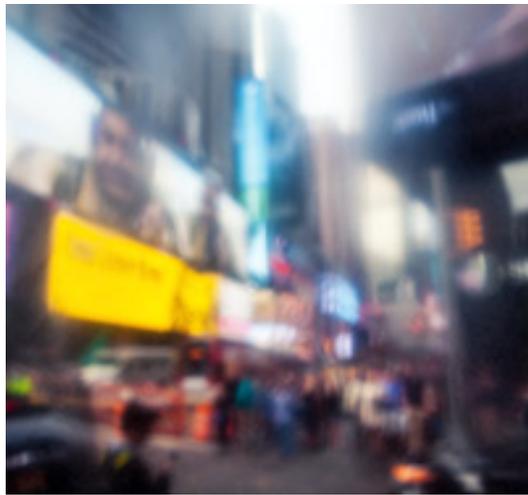






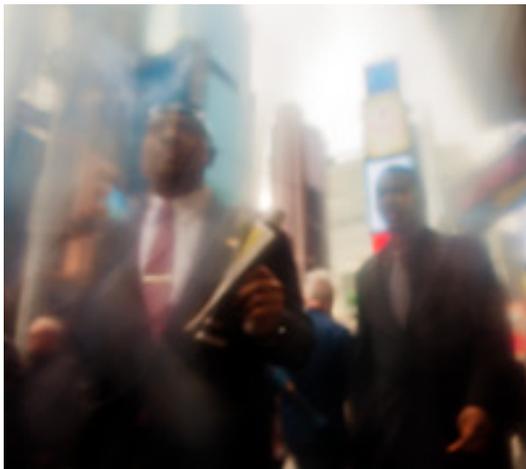






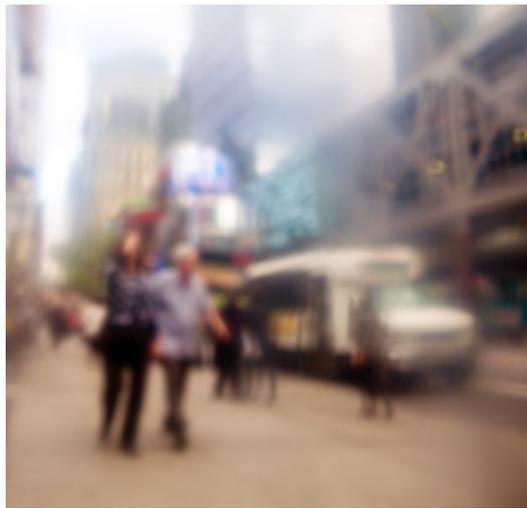




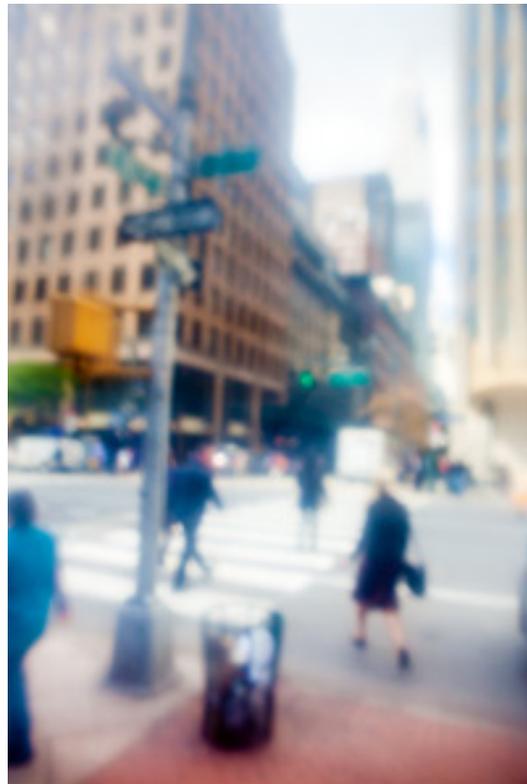










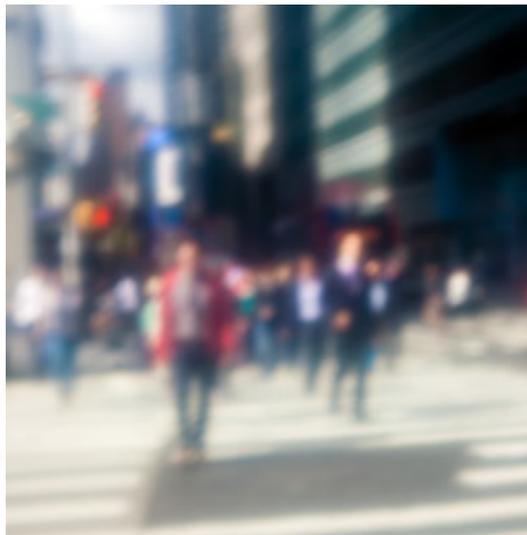












Manu Da Costa Photography.
2017. Barcelona. Spain.